

La Tele que aborrezco

EMPAR FERNÁNDEZ

No soy una detractora a ultranza de la televisión ni me cuento entre las filas de los que han desterrado fulminantemente el aparato de su salón. Estoy convencida de que posee cualidades que ningún otro medio reúne y quiero dejar constancia 'a priori' de que todavía encuentro programas —no únicamente los consabidos documentales — que me interesan, me divierten o simplemente me distraen y cuyos títulos sobrepasan las pretensiones de esta columna.

Dicho esto, llega la anunciada bilis, la necesaria y saludable catarsis de telespectadora defraudada que cada vez con más frecuencia maldice la pantalla y acaba apagando entre impropio el engendro vociferante

Especialmente insultantes me parecen las numerosísimas interrupciones publicitarias que destrozan los largometrajes y que fueron pensadas, al parecer, para permitir que el espectador pudiera acercarse al lavabo o alcanzar los cacahuetses y con el paso del tiempo han crecido hasta permitir fregar los platos de la cena, consultar los índices financieros internacionales, tender amorosamente la ropa de la lavadora o pasar el rosario —cosas más raras se han visto— No hace mucho una película emitida por una cadena privada que duraba 140 minutos sobrepasó largamente las tres horas de duración y finalizó más allá de la 1 de la madrugada.

Pero vendrán malos tiempos y nos harán peores. Los programadores parecen considerar que toda nuestra atención merece centrarse precisamente en los bloques publicitarios y, para ello, han decidido ayudarnos elevando el volumen y trufando cada bloque de anuncios de mínivideoclips tan horteras que constituyen una ofensa audiovisual en sí mismos. De una película intimista casi susurrada por sus protagonistas, podemos pasar al equivalente —en decibelios— a un parque de atracciones o a un centro comercial en plena campaña navideña.

El panorama televisivo es mucho peor en verano, cuando los medidores de audiencia parecen responder a ignotos intereses derivados de una conspiración mediática universal. ¿Qué decir de las numerosísimas galas estivales en cuyos psicodélicos escenarios proliferan —como si no nos hubiéramos movido de los setenta— chicas en biquini, agua a discreción, presentadores fuera de lugar y risas, muchas risas?

Capítulo aparte merecen los programas destinados al chismorreo, a los dimes y diretes que atañen a ciertos esperpénticos personajes cuyos méritos consisten, demasiado a menudo, en vivir holgadamente sin pegar palo al agua. Regresan las cámaras ocultas de escasa originalidad y los vídeos domésticos en que los tiernos infantes están a punto de deslomarse mientras son jaleados por sus progenitores

Y por último: las reposiciones. Series que te parecieron penosas son —años, incluso meses más tarde— sencillamente abominables. No diré nombres, no son necesarios. Utilizaré para poner fin a esta columna unas palabras de Buenafuente que decían algo así como: "Vostés ens perdonarán pero es que els guionistes están de vacances" Yo aún diría más: :en verano en las teles no quedan ni las ratas.

23 de mayo de 2004